



MEDITACIONES SOBRE LAS SIETE PALABRAS

*Dr. Andrés Meléndez
Orador Emérito de "La Hora Luterana"*

INTRODUCCIÓN

Las siete palabras que nuestro Señor pronunció en la cruz son palabras que nos hablan del sufrimiento de Dios y del hombre.

Si deseamos descubrir el significado del cristianismo, tenemos que comprender el concepto del sufrimiento. Por más que prefiramos describir la religión cristiana en otros términos, nos queda la indiscutible realidad de que el sufrimiento tiene que ver tanto con el problema, como con la solución de las dificultades del mundo.

El sufrimiento humano es evidencia del desorden que existe en el mundo, la consecuencia del hecho que el hombre se ha separado de Dios. El sufrimiento de Cristo es el resultado de la rebelión del hombre. Por otro lado, el orden se establece en el mundo y se resuelven los problemas sólo cuando alguien está dispuesto a sacrificarse y padecer por causa de otros. Cristo padeció por toda la humanidad, a fin de redimirla.

La situación triste por la que pasa el hombre lleva la señal del sufrimiento. La salvación del hombre se logra por medio del sufrimiento. El carácter cristiano es el sufrimiento a favor de otros. Sin el sufrimiento, el mal no puede ser afrontado ni conquistado. Las siete palabras nos proclaman no sólo que por medio del sufrimiento puede haber comunión entre Dios y el hombre, sino también entre el hombre y el hombre. Las siete palabras de sufrimiento forman el Evangelio cristiano con todas sus implicaciones.

LA PRIMERA PALABRA DE SUFRIMIENTO

Y Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Lucas 23:34

El perdón lleva consigo el sufrimiento. Cristo le pide al Padre que perdone a los que no saben lo que están haciendo; a los que no se dan cuenta de que el pecar quiere decir crear sufrimiento. El sufrimiento tiene significado porque no es accidental. Ningún problema resolvemos al aseverar que el sufrimiento es simplemente una obra del diablo, o quizás una obra de Dios. No podemos ver el cuadro completo ni comprendernos a nosotros mismos hasta haber reconocido que la causa de toda la necesidad humana y de todo el sufrimiento humano es la carencia de amor.

El dolor que hay en el corazón de Dios y el de mi semejante, se debe a que yo no he tratado a Dios ni a mi semejante como a una persona. El pecado de no saber lo que estamos haciendo es el pecado de usar a Dios y al prójimo para lograr nuestros propios propósitos, explotándolos, manipulándolos, dominándolos despóticamente. La cruz es un símbolo del sufrimiento que es de Dios y del prójimo, porque nos hemos negado a amar, porque tratamos de imponer nuestros derechos. Dios sufre porque el hombre abusa de los dones que Él le ha concedido. Su corazón se aflige a causa de lo que nosotros hacemos con nosotros mismos y con nuestro prójimo. Y ese corazón afligido de Dios se puede ver en cada uno de nuestros hermanos que sufre a causa de nuestro desdén e indiferencia.

Pero no basta decir que el hombre causa sufrimiento, pues el sufrimiento de la cruz es algo más que una revelación del pecado humano; revela también la naturaleza del perdón divino.

Nuestro Señor está dispuesto a sufrir no sólo para que sepamos lo que hay en nuestro corazón, sino para que sepamos también lo que hay en el corazón de Dios. La cruz nos habla de nuestro orgullo, apatía y egoísmo; ella revela la maldad monstruosa del hombre, quien sabiéndolo o no, causa sufrimiento a Dios y al prójimo; pero el Cristo que sufre habla del amor redentor de Dios y de la manera misericordiosa como Él trata la situación humana.

La primera palabra de sufrimiento la pronuncia Cristo, quien sufre porque Él quiere hacerlo. Mientras el hombre quiere ser como Dios, autosuficiente y sin sentirse obligado a nadie, ¡Cristo procede de una manera diferente! Se entrega al sufrimiento del mundo; no quiere ser diferente a nosotros, sino se hace uno de nosotros y carga los pecados de toda la humanidad, como si fuera su responsabilidad. No se avergonzó de hacer suyo nuestro sufrimiento. No hizo valer sus derechos, y ni siquiera declaró que otros causaron su sufrimiento. Se entrega a sufrir por el mundo y así cumplir la antigua profecía del Varón de Dolores que describe Isaías en el capítulo 53.

Por eso puede pronunciar su súplica: “¡Padre, perdónalos!” El perdón quiere decir que uno está dispuesto a sufrir por el otro. Quiere decir que el dolor se hace mío aunque en realidad no lo es. Quiere decir que no permitiré que se interponga el sufrimiento causado por otros. De modo que cada vez que se predica esta Cruz, y se habla al mundo acerca de este sufrimiento, cada cual debe saber que Dios se ha identificado con nosotros, se ha unido a nuestro sufrimiento. Y así, cada vez que alguien sufre, puede ser consolado con el conocimiento de que está en compañía de Cristo, su Hermano y Salvador. Amén.

Oración:

Señor Jesucristo, nuestro pecado causó tu sufrimiento y no obstante, tu perdonaste todos nuestros pecados. Perdónanos por el dolor que te hemos causado a ti y a los demás. Mediante tu cruz, revélanos continuamente la naturaleza de nuestro pecado y la profundidad de tu perdón. Así como Tú te hiciste el Varón de Dolores para la humanidad, de la misma manera haznos a tu semejanza, sirviendo a otros mientras sufrimos por ellos. Perdónanos por no saber lo que hacemos, pero ayúdanos a hacer lo que Tú haces, perdonando a otros, por amor a Ti, quién con el Padre y el Espíritu Santo eres un solo Dios por los siglos de los siglos. Amén.

LA SEGUNDA PALABRA DE SUFRIMIENTO

"Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso". Lucas 23:43

La segunda palabra de sufrimiento quiere decir que Cristo muere para poner fin al sufrimiento. Cuando uno de los ladrones le dice que se salve a sí mismo, posiblemente descendiendo de la cruz, Cristo no accede a su súplica ni está dispuesto a acortar su propio sufrimiento, porque sabe que a menos que sufra por completo, no puede ser quitado el sufrimiento del mundo.

Nuestro Señor vino para sanar; pero el sanar acarrea sufrimiento. No puede haber una vida nueva a menos que la vieja se restablezca. No puede haber resurrección sin la crucifixión. No puede haber paraíso sin la experiencia del dolor del infierno. El paraíso no quiere decir que el hombre sea llevado más allá del sufrimiento; para alcanzar el paraíso hay que estar dispuesto a pasar por la prueba rigurosa de la crucifixión. Uno de los ladrones trata de librarse fácilmente de su situación. Desea vivir sin la cruz. El otro se da cuenta de que sin la cruz no puede haber nada.

Cristo tiene que permitir que el sufrimiento haga su estrago para demostrar que Él es la presencia sanadora de Dios. Tiene que experimentar el sufrimiento de lo antiguo y someterse a los dardos de Satanás y el sacudimiento del pecado y la muerte. Tiene que identificarse con la conducta perturbadora de la humanidad a fin de mostrarse como el vencedor en medio de una humanidad cuyo destino es sufrimiento y muerte.

El sufrimiento es irrazonable y cruel si apartamos a Dios de Él. Pero Dios no se mantiene apartado en la imperturbable serenidad del cielo. La cruz quiere decir que Él no es simplemente un espectador del sufrimiento humano; no es un extraño a las lágrimas y tragedia de la vida. Dios está siempre presente con nosotros. El milagro consiste no en que Él se compadece del sufrimiento, sino en que Él participa de ese sufrimiento. Ante tal actitud de Dios no podemos quejarnos por los sufrimientos de esta vida. ¡Cuán grande fue el peso de su sufrimiento! Los dolores de toda la humanidad están en su corazón. Nadie que haya comprendido lo que esto quiere decir se atreverá a injuriar a Dios por no ser bondadoso. Todas nuestras acusaciones y quejas enmudecen ante la visión de la agonía de Cristo.

Nadie podrá descubrir la razón del sufrimiento de Cristo ni del suyo mismo si trata de evadir la cruz. Somos liberados por la cruz, pero no somos librados de ella. No es fácil perdonar. Siempre existe el peligro de esquivar la cruz; de tratar de escaparnos del gran impacto del juicio de Dios; tratar de desviarnos del procedimiento de ser sanos y salvos por medio del sufrimiento. Cuando se le somete a un simple perdón de rutina, se defrauda al ser humano de la verdadera renovación interna. Pedirle a Cristo que baje de la cruz y desear que la cruz sea quitada de nuestra experiencia, equivale a defraudar la verdadera razón de la vida; es poner un obstáculo a la gracia de Dios.

El arrepentimiento es una experiencia penosa, pero también preciosa. La crucifixión ocurre cuando uno se da cuenta que sus obras sólo merecen el juicio de Dios; que Cristo sufre inocentemente. El hoy del paraíso es el día del arrepentimiento y la renovación, pues es el día que somos crucificados con Cristo. Vivir es morir en Cristo. La debilidad, el pecado y la desesperación que encuentro en mí mismo es el lugar donde la cruz me habla, donde Cristo se encuentra conmigo. Mi sufrimiento termina porque hay uno que sufre por mí. Pero hasta el fin seguirá mi sufrimiento para que yo pueda unirme a Cristo, quien bebió la copa de sufrimiento para que yo no perezca; y no obstante, yo también tengo que beberla para poder tener su vida.

Oración:

Señor Jesucristo, te alabamos porque mediante tu cruz pusiste fin al sufrimiento. Y te damos gracias porque mediante tu sufrimiento has traído salvación a toda la humanidad. Por medio de tu obra renuévanos en nuestra vida de lucha interna, y enséñanos a conocer algo de tu experiencia para que obtengamos la victoria. Concédenos tu comunión, para que por fin compartamos el paraíso eternamente contigo, quien con el Padre y el Espíritu Santo eres Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

LA TERCERA PALABRA DE SUFRIMIENTO

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa”. Juan 19:26-27

La tercera palabra de sufrimiento quiere decir que no estamos solos en nuestro sufrimiento. Cristo hace que el sufrimiento sirva al amor. Su sufrimiento llega a ser el centro mismo de nuestra comunión con Dios y con nuestros semejantes. Mediante su cruz, Cristo nos une a todos, porque en nuestro sufrimiento lo necesitamos a Él y nos necesitamos los unos a los otros.

La tragedia del infierno consiste en que la gente es incapaz de estar en comunión con Dios o de hacer más liviano el peso del dolor ajeno, compartiéndolo con el que lo padece.

Sufrir quiere decir comunicarnos con nuestros semejantes. Esta es la forma de terapia que más se ha descuidado en la actualidad. No consideramos como seres humanos a otras personas que se hallan en necesidad, no sufrimos con ellos y por ellos. En realidad menospreciamos a otros cuando presumimos saber lo que otros desean decir, nos ponemos impacientes, y no les prestamos atención, sino que estamos buscando la oportunidad de deshacernos de ellos. Rehusamos escuchar a otros, pensando sólo en lo que vamos a seguir diciendo. Pero Cristo nos pone en comunión unos con otros, porque Él primero se puso en comunión con nosotros. Él lleva el peso de nuestra carga para que nosotros podamos llevar las cargas ajenas.

Pero en esto debemos tener cuidado. El llevar el peso de las cargas ajenas no quiere decir que no llevemos las nuestras. Sin el sufrimiento, el adolescente no llega a la madurez (y el cristiano no crece en la gracia). No nos hacemos personas porque alguien se hace cargo de nuestras responsabilidades. Llegamos a la madurez cuando alguien nos ayuda, nos ama en medio del dolor que llevamos.

A veces se hace necesario permitir que continúe el sufrimiento de otros, para su propio bien. Cada cual tiene que afrontar la responsabilidad de lo que es y hace. María tiene que experimentar su dependencia materna de un hijo para hallar en Él al Hijo de Dios que lleva el pecado del mundo, inclusive el de ella. Juan ha de saber que seguir a Cristo es amar a nuestros semejantes, y que la cruz no es una derrota, sino el medio que nos une a otros.

Tratar de quitarle a alguien sus problemas no es ayudar, al contrario le ayudamos cuando le extendemos nuestro amor en medio de sus dificultades. Amar a alguien y padecer por él es como decirle que se vuelva a apoderar de él mismo, y esto lo fortalece para las exigencias de la vida. Cristo llevó mis pecados en el madero de la cruz, pero esto no quiere decir que ya no tengo que ocuparme en mis pecados; lo que sí quiere decir es que Él me sostiene con su perdón y consuelo cuando me veo perturbado por razón de mis pecados. La cruz permanece en mi vida, y yo sufro bajo el peso de mi pecado, pero por cuanto Cristo sufre por mí y me ama y me acepta, puedo soportar la carga, la carga que me aplastaría si tuviera que llevarlo solo. De la misma manera, la cruz permanece en la vida de mi semejante, pero yo me identifico con su necesidad. Yo también estoy bajo una cruz, lo amo y acepto, y así lo ayudo a llevar su carga. Juntos llevamos nuestras cargas porque Cristo mismo lleva las nuestras.

Oración:

Señor Jesucristo, Tú no nos has dejado solos con nuestros sufrimientos, sino los has usado como el medio de establecer comunión con nosotros. Al llevar nuestras cargas nos has dado el poder para llevar también las de otros. Sostenenos en esta tarea para que así como Tú nos amas y aceptas, nosotros podamos identificarnos con nuestro prójimo y le ayudemos a llevar su cruz. Haz que el sufrimiento sirva al amor, para que así podamos servir a otros y te sirvamos a ti, quien con el Padre y el Espíritu Santo eres Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

LA CUARTA PALABRA DE SUFRIMIENTO

"Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado dijo para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed". Juan 19:28

Esta palabra habla de lo vergonzoso que puede ser el sufrimiento. Cristo no se avergonzó de pedir agua; pero en eso consistía su vergüenza, su falta de defensa. El que Dios pida ayuda demuestra la mansedumbre y humildad a que tuvo que someterse a fin de consumir nuestra salvación.

Hay algo acerca de la majestuosa santidad de Dios que lo haría remoto e inaccesible si no fuera por el Cristo que sometió al sufrimiento. Sin el sufrimiento de la cruz la distancia que nos separa de Él sería abrumadora y nos aplastaría. Pero la incapacidad de Cristo en su estado de humillación es la vergüenza de Dios, quien baja a nuestro nivel y así se desvanece el terror que podría infundirnos. La súplica por agua y la vergüenza que encierra esa súplica, es la oración del Hombre de Dolores, como sustituto de la humanidad. Con ella, Él renuncia a su grandeza para hacerse humilde; se despoja de su majestad para poder perdonar.

Tal vergüenza es la señal de la humillación del Señor. Él es el rey, y no obstante, se vuelve el siervo de todos. Él es el Señor y se somete al padecimiento de la vergüenza para hacerse el Salvador del mundo. El Dios distante que está por sobre todas las cosas, se acerca a nosotros. La única credencial que presenta el Mesías consiste en que se cuenta a sí mismo entre los que padecen hambre, sed, desnudez, enfermedad y apresamiento, volviéndose así indefenso. Cristo no presenció nuestro sufrimiento desde lejos, sino que participó de él totalmente. De este modo se hizo uno de nosotros, para ahora hacernos uno con Él.

Esta palabra nos declara que el Señor es también nuestro hermano. Alguien puede desesperarse al ver la impotencia, humildad y sufrimiento de Cristo, pero Él estaba dispuesto a arriesgarse a todo esto. Sabía perfectamente que el ser humano, en su impotencia, no podía ponerse al alcance de la comunión y el perdón divinos. Por eso Cristo se sometió a la impotencia. Sabía que si el ser humano no puede hallar a un hermano en el sufrimiento, mucho menos puede hallar a Dios. No existe ningún atajo que pueda conducir al hombre a la salvación y a la gloria. Solamente puede hacerlo la cruz con todo su sufrimiento y vergüenza.

Así el sufrimiento de la cruz explica por qué la Palabra que se predica es locura e insensatez al hombre natural. La Palabra, bien sea escrita, hablada o sacramental, es objeto de vergüenza al hombre natural. Lo mismo sucede con la cruz. La Palabra no viene a nosotros con santidad aterrizante; puede ser menospreciada y rechazada. No apela a ninguna defensa fuera de su propia comunicación del amor en medio del sufrimiento.

Dios se ha hecho parte de la triste situación en que nos hallamos, y cuando lo invocamos en el día de la angustia, Él nos oye; y nosotros a la vez lo oímos a Él. Y todo porque Él experimentó la vergüenza del sufrimiento; y tal vergüenza es su gloria y nuestra salvación.

Oración:

Señor Jesucristo, te adoramos por medio de la vergüenza de tu sufrimiento. En tu impotencia, vemos tu gloria. Te damos gracias porque no presenciaste nuestra triste condición desde la distancia, sino que te hiciste parte de nuestra experiencia e impotencia a fin de librarnos. Concede que no nos avergoncemos ni ofendamos de la vergüenza a que tuviste que someterte para ofrecernos la salvación. Conserva en nosotros una visión clara de la vergüenza de tu sufrimiento para que siempre te demos honra a ti, quien con el Padre y el Espíritu Santo eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

LA QUINTA PALABRA DE SUFRIMIENTO

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Mateo 27:46

Esta palabra procede de la profundidad del sufrimiento. Aquí, el drama del perdón que ofrece el Dios que sufre a la humanidad, llega a su más punto culminante. Aquí se halla el desamparo total que Cristo tuvo que experimentar. Al contemplar el significado de esta palabra, no hallamos cómo explicarla. Pero explicarla equivaldría a destruir el misterio y la verdad que ella encierra.

En cierto sentido, ésta es una palabra impenetrable. Dios hizo lo que ningún ser humano puede hacer o necesita hacer; experimentar la muerte en todo su terror tanto en su cuerpo como en su alma. La muerte es el enemigo del hombre, y estar en las manos de la muerte es igual a ser desamparado por Dios. La muerte no consiste simplemente en separar el cuerpo del alma; en la muerte todo hombre padece la experiencia terrible de ser lanzado a la nada ante Dios. Pero aunque la muerte causa lo peor en Cristo, ella no puede hacerle daño. El pecado del mundo causa un gran sufrimiento a Cristo, pero no puede vencer al Señor.

Pero Cristo sufre profundamente no sólo por nosotros, sino con nosotros. Algo de la experiencia de Él no se le escapa al ser humano, si éste ha de padecer la muerte. La muerte causa lo peor en nosotros; pero debemos recordar que Cristo ha quitado a la muerte su poder destructor.

¿Qué valor tiene todo esto en nuestra vida? Podemos lamentarnos de la realidad de ciertas cosas y afrontar todos los pensamientos aterradores y dudas de la vida, y sin embargo no ser consumidos. Podemos pasar por el infierno de ser nada delante de Dios, y aún en medio de la muerte, darnos cuenta que Él persigue su propósito de librarnos.

Si suponemos que a nuestro Señor se le hizo posible el sufrimiento de la cruz porque Él sabía que toda saldría bien, perdemos algo del significado de su muerte y lo que quiere decir ser desamparado por su Padre. Su muerte fue real; fue final. Pero muere con la mayor fe y confianza, aún cuando nada parece respaldar su fe. Muere creyendo en la misericordia de Dios. No desconfía de Dios, aunque está en su última agonía. No se desespera, aunque está completamente desamparado.

Está seguro de que en su muerte el Padre lo acepta por completo. No vivió para sí mismo, ni tampoco murió por sí mismo. Murió por otros, y por eso vive. Y ahora nosotros, que tenemos que experimentar la muerte, podemos estar seguros de que nuestro destino final no es la perdición, pues Dios nos acepta en su Hijo Jesucristo. Podemos pasar por el valle de sombra de muerte y no ser destruidos. Cristo pasó por ese valle para salvarnos eternamente.

Oración:

Señor Jesucristo, nadie puede comprender la profundidad de tu sufrimiento por nosotros. Fuiste desamparado. Caíste en manos de nuestros enemigos, pero no pudieron vencerte. A ti, oh Cristo, sea todo honor y gloria por el desamparo que padeciste por nosotros. Consérvanos en la seguridad de que jamás seremos desamparados o destruidos. Ayúdanos a seguir creyendo y confiando en ti. Haz que te invoquemos en cualquier angustia de la vida, y líbranos para que siempre vivamos contigo, quien con el Padre y con el Espíritu Santo eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

LA SEXTA PALABRA DE SUFRIMIENTO

“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es”. Juan 19:30

¿Ha terminado el sufrimiento? Sí, porque algo decisivo aconteció en el acto redentor de Cristo. Fue destruido el poder de la muerte. Al sufrimiento se le ha quitado el poder que puede hacer daño. La cruz puso fin a la hostilidad y la separación. ¿Ha terminado el sufrimiento? No, porque el Cristo que sufre continúa en el sufrimiento de su iglesia, en el de sus redimidos. La batalla sigue en su furia, aunque ya se ha decidido el resultado. No se ha terminado el sufrimiento, porque todavía llevamos la cruz. Sigue el sufrimiento, porque aún poseemos el viejo Adán.

Pero algunas cosas no fueron consumadas. El dominio del pecado y de la muerte sobre la vida del hombre; el reino de las tinieblas; la maldición de la muerte; el poder de Satanás, todo esto llegó a su fin de la manera más decisiva y convincente. Las aflicciones del tiempo presente, aunque aún permanecen, no son comparables con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros. El “consumado es” de Cristo fue el grito de victoria, el triunfo decisivo, el acto de Dios mediante el cual se puso fin al desamparo. Con su “consumado es”, Cristo derrotó por completo a todos los enemigos del hombre.

Pero aún permanece un “todavía no” a esta palabra. El acto decisivo fue consumado, pero la victoria final todavía no se ha celebrado. El sufrimiento todavía continúa. El diablo, como león rugiente, todavía anda alrededor buscando a quien devorar; el viejo Adán todavía no se ha despegado de nosotros; el mundo pecador sigue embistiendo al cristiano; el escarnio que produce la humildad de la cruz no ha desaparecido. Las exigencias de la ley han sido satisfechas; pero todavía se sienten sus acometimientos. El aguijón de la muerte ha sido vencido; pero todavía se empeña en revelar nuestra impotencia. El pecador ha sido justificado; pero todavía tenemos que seguir crucificando la carne. El “consumado es” de la cruz sale a resaltar en nuestro bautismo, en la celebración de la Santa Cena, en cada proclamación del Evangelio salvador. Pero todavía esperamos el día final, cuando será enjugada toda lágrima de nuestros ojos. Tampoco ha sido consumada la destrucción de lo malo en cada uno de los pecadores, ni la renovación completa del nuevo hombre. También continúa el procedimiento de la santificación.

Hay que mantener la propia distinción. Cuando vivimos como si nuestro pecado fuera tan grande como para no poder ser perdonado por Dios, y cuando vivimos en un espíritu de derrotismo, entonces necesitamos oír esta palabra de sufrimiento: “consumado es”.

Cuando pasamos el tiempo tratando de justificar nuestras acciones o entregándonos a la desesperación, necesitamos recibir otra vez estas palabras divinas de sufrimiento: “consumado es”. Pero cuando vivimos como si no tuviéramos un conflicto interno; como si hubiéramos logrado la perfección espiritual; como si estuviéramos satisfechos con el statu quo, indiferentes al llamamiento al arrepentimiento, despreciando la cruz y pasando por alto a nuestro prójimo, entonces debemos recordar que no se ha consumado aún la obra de Cristo. La cruz no ha desaparecido aunque sea un hecho que sucedió en el pasado. Pero precisamente porque es un hecho verdadero, podemos sobrellevar todo sufrimiento y vencer la muerte mediante el “consumado es” de nuestro Redentor.

Oración:

Señor Jesucristo, Tú eres el autor y consumidor de nuestra fe y de nuestra vida, y te adoramos por tu cruz y carácter decisivo. Tú has destruido el poder de lo malo y nos has librado de la maldición del desamparo. Concédenos una conducta diaria que se ajuste continuamente a tu voluntad para que, mediante el poder de tu salvación, podamos vencer el impulso pecaminoso de nuestra carne y por fin participar de la victoria final y vivir eternamente contigo, quien con el Padre y el Espíritu Santo eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

LA SÉPTIMA PALABRA DE SUFRIMIENTO

“Entonces, Jesús, clamando a gran voz dijo, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”.
Lucas 23:46

Cuando el sufrimiento termina, se siente alivio. Pero el sufrimiento no termina y no hay alivio, a menos que uno se encomiende a Dios. Aún en su última agonía, nuestro Señor Jesucristo se encomienda a las manos de su Padre. Cristo muere confiando en su Padre. Pero no muere sin antes consumir por completo la redención del hombre y asegurarle su bienestar eterno.

Ya desde el comienzo, desde aquellos días que pasó en el templo con los doctores de la ley, desde la tentación agonizante en el desierto, desde el acontecimiento de su bautismo hasta el tormento del huerto, el juicio vergonzoso y la miseria de la cruz, siempre conservó inalterable la determinación de cumplir con la voluntad del Padre y consumir la obra para la cual había sido enviado. En cada momento penoso de su ministerio fue obediente a su Padre. Ama a su Padre sobre todas las cosas. Nada lo desvía del cumplimiento de su misión. Ni su sufrimiento ni su muerte lo inducen a quejarse de su Padre, ni a proclamar su inocencia, ni a vindicar su santidad. Más bien, muere confiadamente, encomendándose a su Padre. Su último suspiro fue una oración llena de fe y confianza.

Y así consagra el último suspiro del creyente. “He aquí, aunque él me mate en él esperaré”. Estas palabras las pronunció Job, quien sufrió lo peor y no obstante siguió confiando en Dios. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” son las palabras del Cristo que sufre, quien fue menospreciado por los hombres y desamparado por Dios, y no obstante sigue confiando en su Padre. Se encomienda en las manos de su Padre cuando tal parece que no hay razón para ello. Pierde su vida, más sigue depositando su confianza en Dios. Pero así halla vida, porque la vida se encuentra ... en las manos de su Padre.

Aquí tenemos una palabra que nos hace capaces de perder todo, y sin embargo, no perdernos a nosotros mismos. Podemos hacerle frente al último momento de nuestra vida y dar nuestro último suspiro, confiando en Dios. La muerte no es simplemente caer en las manos del enemigo, sino caer en las manos del Vencedor celestial. La muerte es una transfiguración, no porque volamos a “mundos desconocidos”, sino porque en el sepulcro, uno está con Dios. El Creador sigue siendo el Creador, y las manos que nos formaron del polvo de la tierra, también nos reformarán del polvo del sepulcro.

CONCLUSIÓN

Las siete palabras de sufrimiento: “Padre, perdónalos... Hoy estarás conmigo en el paraíso ... He ahí tu hijo, he ahí tu madre ... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ... Tengo sed ... Consumado es ... Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, comienzan y terminan con la exclamación “Padre”. No hay razón para la vida ni la muerte y no hay explicación para el sufrimiento sin esta exclamación, sin esta palabra, sin este sufrimiento. Las siete palabras de sufrimiento son el Evangelio del amor redentor.

Oración:

Señor Jesucristo, al encomendarte al Padre y al Espíritu Santo, el dador de vida, has consagrado el último momento del creyente. Concede que siempre hallemos nuestra vida en las manos de ese mismo Padre y ese mismo Espíritu para que, aunque perdamos todo, no nos perdamos a nosotros mismos. Sostenenos durante toda nuestra vida y en el momento de la muerte para que, mediante la visión de tu amor redentor, por fin seamos trasladados a la plenitud de la resurrección. Te lo pedimos, oh Cristo, por tu infinito amor y tus propios méritos. Amén.



Copyright © 2020 CPTLN
Todos los derechos reservados

Sentido Latino es un programa de Cristo Para Todas Las Naciones,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS47-SL